

# Las Memorias de la portentosa imagen de Nuestra Señora de Xuquila y el grabador Francisco Agüera Bustamante

El libro más antiguo sobre la Virgen de Juquila, ilustrado con cinco grabados calcográficos y acompañado de una novena, es muy raro. Contiene datos históricos y visuales que permiten conocer la historia del santuario, así como los nombres de quienes colaboraron en su edificación y propiciaron esa devoción mariana.

*Palabras clave:* religiosidad popular, arquitectura, grabado, Oaxaca.

| 195

Entre los autores antiguos que escribieron acerca de alguna de las devociones marianas existentes en la Nueva España ha destacado Francisco de Florencia, por el libro que dedicó a las imágenes de la Virgen María veneradas en la Nueva España,<sup>1</sup> pero no mencionó a la Virgen de Juquila, a pesar de que contaba con una infinidad de devotos en una amplia, aunque remota, región novohispana.

La primera historia sobre Nuestra Señora de Juquila se debe al doctor don Joseph Manuel Ruiz y Cervantes, quien la acompañó con cinco grabados calcográficos, tres de ellos firmados por Francisco Agüera, que seguramente también grabó los otros dos. El libro se titula: *MEMORIAS/ DE LA PORTENTOSA IMAGEN/ DE NUESTRA SEÑORA/ DE XUQUILA./ QUISO CONSERVARLAS/ CON NOTICIAS DEL SANTUARIO Y ANTIGUA ROMERÍA / El Dr. D. Joseph Manuel Ruiz/ y Cervantes./ Á LA SOMBRA/ Del Ilmo. Señor Dr. Don Joseph Gregorio/ Alonso de Ortigosa del Consejo de S.M.C./ Dignísimo Obispo de este Obispado de Ante-/ quera, é Insigne Protector del muy ilustre/ Santuario./ MÉXICO: Por Don Felipe de Zúñiga y On-/ tiveros, año de 1791.*

\* Coordinación Nacional de Monumentos Históricos, INAH.

<sup>1</sup> Francisco de Florencia, S. J., Juan Antonio de Oviedo, S. J., *Zodiaco Mariano, en que el sol de justicia Christo con la salud en las alas, visita como signos y casas propias para beneficio de los hombres los templos y lugares dedicados al culto...* En la nueva imprenta del Real y más Antiguo Colegio de San Ildefonso, 1755.

El ejemplar que he manejado tiene en sus últimas páginas una novena escrita por el autor. A lo largo de sus páginas se van descubriendo, uno a uno, los cinco grabados calcográficos de pequeño formato, como el libro mismo, a excepción del último que, por ser apaisado y de mayor tamaño, está doblado en tres partes y desafortunadamente en el único ejemplar con que cuento, tiene una pequeña parte faltante. Los dos primeros fueron publicados por Romero de Terreros, como grabados en cobre, hechos por Francisco Agüera, de lo que me ocuparé más adelante.

Con el fin de poder contar con una fotografía del quinto grabado completo, busqué sin éxito otro ejemplar del libro en diversas bibliotecas de la ciudad de México y de Oaxaca, labor que no fue exhaustiva, pero que amplié a la Biblioteca Nacional de España, en Madrid, pero también fracasé en ese intento, porque el libro de ese acervo sólo cuenta con las dos primeras ilustraciones.<sup>2</sup> Hay sendos ejemplares del libro en la Benson Collection de la Universidad de Texas, en Austin, y en The Brancroft Library de la Universidad de California, en Berkeley, pero a la fecha de entrega de este texto no he logrado saber si contienen grabados y cuántos. Por ende, he optado por publicar los que tengo en mis manos, en el estado en que se encuentran, ya que no está en mi ánimo inventariar los ejemplares existentes ni vencer en tiempo récord las dificultades relacionadas con la distancia.

No obstante, considero relevante indicar que se hicieron otras dos ediciones del libro con su novena; una en 1834 sin imágenes y otra en 1878 con una ilustración de la Virgen de Limpia Concepción, consuelo de los afligidos, venerada en el pueblo de

<sup>2</sup> En la Biblioteca Nacional hay dos obras de Ruiz y Cervantes, *Las Memorias...* que incluye la *Novena...* y tres grabados calcográficos: el del obispo Ortigosa y los dos geográficos (*Signatura 2/6261*) y una edición independiente de la *Novena...*, del mismo año e impresor, con portada propia (*Signatura VC<sup>a</sup>/2674/5*). Agradezco estos datos a mi amigo Lidio Nieto.

Santa Catalina Juquila. Su configuración responde al gusto vigente en el último tercio del siglo XIX, por ende no retrata a la escultura original y es muy distinta a la de la primera edición del libro.<sup>3</sup> Ambas reimpressiones se pueden relacionar con el incremento del culto y con las mejoras u obras efectuadas en diversos momentos en la iglesia de Juquila.

Hoy por hoy los fieles siguen acudiendo en gran número al santuario de la Virgen de Juquila, sobre todo el día de la fiesta patronal, que se celebra el 8 de diciembre. Un sinnúmero de fotografías y testimonios que pueden verse en la red dan fe de ello. Sin embargo, ninguno de los libros dedicados a los principales lugares de culto y devoción en México menciona al santuario de Juquila. Sólo un autor originario de ese lugar le ha hecho justicia al escribir una historia, *Juquila*, donde se remonta a sus orígenes y llega hasta la época actual, para terminar con sus propuestas para un mejor futuro de su tierra natal. Ese autor consultó las *Memorias...* de Ruiz y Cervantes, pero en la bibliografía consideró la fecha del prólogo y no la de la primera edición, y nada dice sobre sus ilustraciones.<sup>4</sup> Es evidente que leyó el texto, pero acaso lo hizo en alguna de sus ediciones decimonónicas o en Internet, donde no hay imágenes.<sup>5</sup>

Dado el valioso contenido informativo de las cinco ilustraciones que forman parte integral del ejemplar original y la rareza de éste, considero re-

<sup>3</sup> Los dos ejemplares del siglo XIX se encuentran en la Biblioteca Ernesto de la Torre Villar, del Instituto Mora: José María Ruiz y Cervantes, *Memorias de la portentosa imagen de Nuestra Señora de Juquila, quiso conservarlas con noticias del santuario y antigua romería el Dr. don José María Ruiz y Cervantes*, Oajaca, Imprenta Federal, 1834. El otro ejemplar del mismo título fue publicado en Oaxaca, en la imprenta de Lorenzo San-German, en 1878. De entonces a la fecha no parece haberse reimpresso.

<sup>4</sup> Erasmo Guzmán Ventura, *Juquila, memorias de mi pueblo*, Puerto Escondido, Oaxaca, Programa de Apoyo a Culturas Municipales y Comunitarias, Unidad Regional de Culturas Populares, Conaculta, 2009. Agradezco este libro a Leopoldo Rodríguez.

levante reproducirlas aquí, lo que abonará también a la historia del grabado novohispano.

Un escudo de armas, seguramente grabado por Francisco Agüero, abre la obra dedicada por Ruiz y Cervantes al obispo, a cuya sombra escribió; rodea sus armas un rótulo latino: *Josephus Gregorius de Ortigosa Episcopus Antequerensis*. El autor del libro refiere que antes de llegar a Oaxaca, don José Gregorio de Ortigosa estuvo en Ceuta, Ciudad Real, Sigüenza y en el Santo Tribunal de la Inquisición de México. En Antequera de Oaxaca engalanó la catedral “de modo que puede presentarse tan lucida como las primeras catedrales de estos Reynos”; amplió el Colegio Seminario con un gasto considerable; adaptó la casa e iglesia de los jesuitas para trasladar a las religiosas de la Concepción,<sup>6</sup> inició la construcción de la iglesia de Otatitlán<sup>7</sup> y la del santuario de Nuestra Señora de Juquila, cuya obra aún se proseguía en julio de 1786, cuando Ruiz y Cervantes debió haber concluido la redacción del libro, puesto que fue en aquel año cuando escribió la dedicatoria. Su publicación corresponde con el año en que el obispo renunció a su cargo (figura 1).

Ortigosa fue preconizado y nombrado obispo en México en 1775 y llegó a la ciudad donde tendría su sede el 17 de diciembre del mismo año. Como hombre ilustrado informó a la autoridad



Figura 1. Escudo de armas de José Gregorio de Ortigosa, obispo de Antequera. 14.2 x 10 centímetros.

civil, esto es a Gálvez, sobre la larga y exhaustiva visita de su diócesis. En Juquila había 15 españoles, 597 indios y cuatro mulatos. Curiosamente ningún mestizo.<sup>8</sup> Sus observaciones acerca de la situación de los indios y sobre lo que debiera ser modificado para atender a su vida espiritual, mejorar su condición económica, frenar los abusos de que eran objeto y proporcionarles una mejor educación dieron lugar, en 1783, a la censura de Gálvez al sistema de repartimiento y a la posterior supresión de las Ordenanzas de Intendentes.<sup>9</sup>

Como hombre de iglesia, el doctor don José Gregorio Alonso de Ortigosa atendió y resolvió un

<sup>8</sup> Francisco Canterla y Martín de Tovar, *La Iglesia de Oaxaca en el siglo XVIII*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla/Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Caja Provincial de Ahorros de Huelva, 1982, p. 201.

<sup>9</sup> Ana Carolina Ibarra, *El Cabildo Catedral de Antequera, Oaxaca y el movimiento insurgente*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2000, pp. 63-66.

<sup>5</sup> [Library.mesolore.org/documents/RuizyCervantesXuquila-1971.pdf](http://Library.mesolore.org/documents/RuizyCervantesXuquila-1971.pdf); consultado el 22 de enero de 2013.

<sup>6</sup> Se refiere al colegio e iglesia de la expulsada Compañía de Jesús, que fue adaptado para convento concepcionista. En 1801 el inmueble fue muy dañado por un sismo. El obispo Manuel Isidoro Pérez Suárez dio 10 000 pesos para arreglarlo y las monjas pudieron vivir allí hasta su excomunión; Eutimio Pérez, *Recuerdos históricos del Episcopado Oaxaqueño, Obra escrita con gran acopio de datos y documentos históricos, desde el Ilmo. Sr. Dr. D. Juan López de Zárate, primer Diocesano, hasta el Ilmo. Sr. Dr. D. Vicente Ferrer Márquez y Carrizosa*, Oaxaca, Imprenta de Lorenzo San-German, 1a. calle de Armenta y López, núm. 1, 1888, ed. facs., México, Diócesis de San Cristóbal de las Casas, 2000, pp. 89 y 93.

<sup>7</sup> Seguramente se refiere al santuario de Otatitlán, en Veracruz, donde se venera un Cristo negro.

asunto que el obispo Álvarez Abreu había dejado sin dirimir: el cura de la parroquia de Santa Catarina Juquila, don Bernardo Naval, quería construir una nueva iglesia allí mismo, y don José Sánchez Parey, en cambio, deseaba que se fabricase en el pueblo de Juchatengo. El obispo se inclinó a favor de la cabecera de Santa Catarina Juquila.<sup>10</sup>

Otro personaje que aprobó el libro de Ruiz y Cervantes fue don Gregorio Omaña y Sotomayor, quien lo hizo el 12 de mayo de 1791. Fue arcediano de la catedral de México, catedrático jubilado de primera teología, rector de la Universidad, comisario general de cruzada, juez apostólico de medias anatas del arzobispado y obispo electo de Oaxaca. En vista de su aprobación al texto, el virrey conde de Revillagigedo emitió un decreto con su licencia el 18 de mayo de 1791. La última aprobación correspondió al doctor, maestro y presbítero don Juan Gregorio Campos, que había sido prepósito y en aquel momento, 8 de julio de 1791, era diputado de la Real Congregación del Oratorio de San Felipe Neri de México.

El historiador Esteban Arroyo O.P. dijo, con razón, que Ruiz y Cervantes partió de un cuaderno escrito por el dominico Nicolás de Arrazola.<sup>11</sup> Nuestro autor se refirió a ese sacerdote y maestro en términos muy elogiosos, por su alma no vulgar, cultura, solidez en la cátedra y elocuencia en el púlpito. Aseguró que tocaba un instrumento y cantaba maravillosamente bien; por todo ello había dado esplendor a la Provincia de los Predicadores. Señaló que el fraile había dedicado su escrito al ilustrísimo señor Blanco, lo que permite situarlo en el tiempo, ya que el obispo y doctor don Buenaventura Blanco y Helguero fue consagrado en 1753 en Calahorra, llegó a Oaxaca el 4 de noviembre de 1754 y murió allí el 11 de mayo de 1764.<sup>12</sup>

<sup>10</sup> Eutimio Pérez, *op. cit.*, pp. 59-61.

<sup>11</sup> Fray Esteban Arroyo, O.P., *Los dominicos, forjadores de la civilización oajaqueña*, vol. II, *Los Conventos*, Oajaca, Méjico, 1961, pp. 327-329.

<sup>12</sup> Eutimio Pérez, *op. cit.*, pp. 49-52.

Arrazola revisó papeles antiguos y modernos, consultó a vecinos viejos de Juquila y pueblos comarcanos, tuvo en cuenta las informaciones juradas del señor Escudero, arcediano de Guadalajara, y del señor Casaus, penitenciario en Oaxaca, que habían sido curas de la iglesia del pueblo en que se veneraba la imagen mariana. Interrogó a los bachilleres don Patricio Carmona, don Joseph Santos Ojendi y don Antonio Ayuro, además de muchos otros testigos. Pero cuando el cura fue trasladado a Guadalajara, muchos de esos papeles acabaron perdiéndose. Sin embargo, Joseph Manuel Ruiz y Cervantes recogió algunos manuscritos con las memorias que se conservaban sobre la venerada efigie mariana.<sup>13</sup>

Un segundo grabado precede al primer capítulo del libro; tiene un rótulo cuyas abreviaturas he desatado: *Su Señoría Ilustrísima Concede 40 días de Indulgencia á quien re-/ zare una Ave María delante de esta soberana imagen de/ la Limpia Concepcion de Mialtepeque con el título de/ Consuelo de Afligidos Se venera en la cabecera de Santa Catarina Xuquila del Obispado de Oaxaca.*

La pequeña imagen se encuentra sobre una peana, entre un par de cirios encendidos, porta una gran corona y sobre ésta 15 rayos alternativamente flamígeros, rematan en estrellas. Un gran círculo alude a una aureola, acaso bordada sobre una tela de fondo. La rica túnica triangular que cubre la escultura de cabeza a pies, sólo descubre su rostro y manos. Bajo ellas, al centro, se observa una pequeña imagen coronada que, a diferencia de la mayor, porta el manto terciado y corresponde con la descripción que de la Virgen de Juquila hizo Ruiz y Cervantes (figura 2):

Es de una tercia con más el grueso de un dedo: viste una túnica, y sobre ella cae el manto, que desprendiéndose desde los ombros, ayrosamente se

<sup>13</sup> José María Ruiz y Cervantes, *op. cit.*, pp. 17-19 y 23.

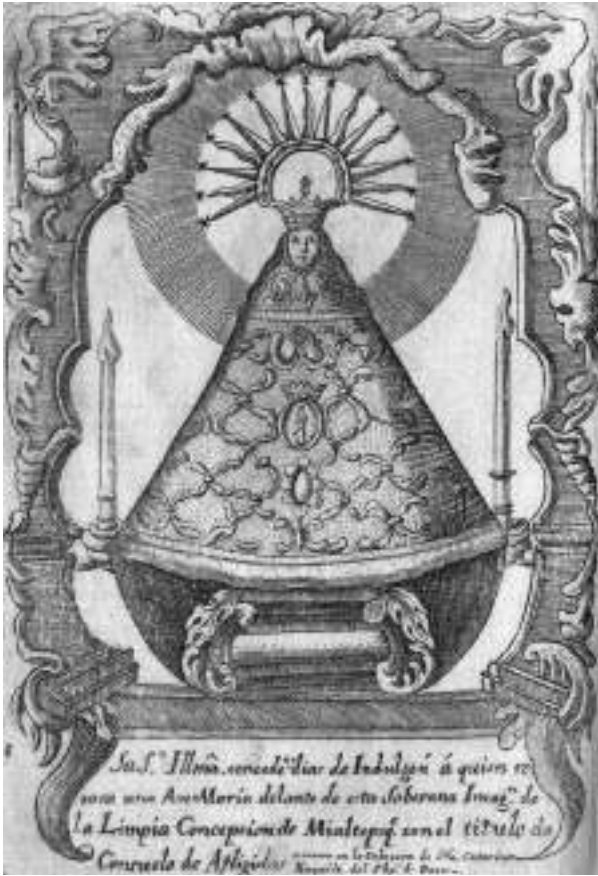


Figura 2. Imagen de la Inmaculada Concepción, venerada en Santa Catarina Juquila. 14.2 x 10 centímetros.

tercia baxo del brazo siniestro: se extiende el pelo sobre el ropage, junta ante el pecho las manos, é inclina modestamente los ojos [...] Lo demás con que la miramos abultada, es adorno con que la devocion la enriquece, coronándola de oro y preciosas piedras, y vistiendo todo el bulto con telas, sobre costosas, recamadas de perlas y diversidad de joyas.<sup>14</sup>

Fray Jordán de Santa Catarina fue el dueño original de la imagen; participó en la conquista espiritual de la Villa Alta y tuvo un muchacho a su servicio, a quien transmitió su devoción mariana. Cuando el fraile fue designado maestro de novicios en Oaxaca, el muchacho quiso establecerse

<sup>14</sup> *Ibidem*, pp. 1-2.

en Amialtepec, su pueblo, y el religioso le regaló la pequeña imagen que siempre llevaba consigo. El muchacho colocó la imagen en el *santocale* o “casa de los santos” del pueblo, que era de visita, con cabecera en Santa Catarina Juquila y vulgarmente se conocía como Mialtepeque. Los lugareños empezaron a rezar el rosario ante a ella y pronto aseguraron haber recibidos favores por su intervención. La devoción se incrementó y se extendió hacia otros lugares de la comarca.

Durante el invierno los indios solían quemar todo lo seco que había en sus tierras. En una ocasión el fuego estaba a tres leguas del pueblo de Amialtepec, fue propagado por el viento y quemó los jacales del pueblo, que estaban techados con zacate, incluyendo el *santocale*. Pero el incendio no afectó a la imagen mariana. Algunas personas pretendieron ver pequeñas ampollas en su rostro, no así Ruiz y Cervantes, a pesar de haberla observado repetidamente y de cerca.

Cuando corría el año de 1633 y era cura de la Doctrina de Juquila el licenciado don Jacinto Escudero, éste consideró que la imagen estaría mejor en una iglesia que en el *santocale* de Amialtepec, dada la cantidad de devotos que tenía. Los naturales del lugar se resistieron a que fuera movida de allí porque además de la devoción que le tenían, alquilaban sus jacales a los peregrinos que la visitaban y les vendían sus productos. No obstante la imagen fue llevada por el señor cura a Juquila, de donde desapareció para aparecer en Amialtepec, hecho que se atribuyó a los inconformes. El cura la llevó de nuevo a Juquila y aseguró bien las puertas con cerraduras; pero no le valieron de nada, puesto que la escultura regresó misteriosamente a Amialtepec. A raíz del nuevo misterioso traslado de retorno, puso centinelas para que la cuidaran y el desplazamiento se repitió. Ante ello se resignó y la fama de la imagen se incrementó.

Un nuevo cura, el licenciado don Manuel Cayetano Casaus de Acuña, llegó a Santa Catarina Juquila y retomó la idea de su antecesor, pero actuó en forma efectiva para arraigarla. Pidió al obispo don fray Ángel Maldonado un decreto oficial de traslación, que el prelado emitió el 30 de junio de 1719 y empezaba así:

Por quanto tenemos mandado y repetimos el orden de que la Soberana Imagen de nuestra Señora de Amialtepec esté siempre en la Parroquia de Xuquila, respecto de ser esta providencia necesaria para la veneración de la Soberana Imagen, por los motivos que tuvimos y perseveran et [...].

Ante esa disposición del mayor jerarca de la Diócesis, la imagen fue trasladada procesionalmente, acompañada de muchas personas y en señal de humildad, fueron descalzos el cura, el teniente y el vicario. Una vez en Juquila, ya no la colocaron en el altar de San Nicolás donde antes había estado, sino en el altar mayor y allí permaneció.

La narración de esos sucesos proviene de un documento fechado en 1726, que poseía Ruiz y Cervantes; allí constaba que el padre Arrazola había interrogado a muchas personas, entre ellas: María Ayuzo, una española de edad avanzada, Matías Quiroz, natural y vecina de Oaxaca, de 90 años, los indios de Juquila Juan López, de 100 años, y Juan Santiago, de 90. Todos le contaron lo que sabían y le dijeron que en aquel entonces eran sacristanes de Juquila Juan Bautista, Juan de Dios y Nicolás de la Cruz.

Al poco tiempo de haber llegado la imagen a Juquila, cayó un rayo en la iglesia, que estaba cubierta exteriormente con zacate; la intensa chispa eléctrica dejó huella en el artesón y en las paredes, pero a Nuestra Señora no le pasó absolutamente nada, lo que se consideró un nuevo milagro.

Ruiz y Cervantes describió un lienzo que cono-  
ció: medía una vara y tenía pintada la iglesia de

Amialtepec ardiendo por fuera y por dentro, tanto que las llamas ya habían llegado al retablo donde estaba la imagen. Acompañaba a esa pintura una inscripción:

Milagrosa Imagen de Nuestra Señora de Amatepec, en donde quemándose toda la Iglesia, y el Altar en que estaba celebrada, pasado el incendio se halló sobre las cenizas del Templo, sin quemarse ni aún el vestido.<sup>15</sup>

El curato que estuvo a cargo de los dominicos fue secularizado a poco de mediar el siglo XVIII.<sup>16</sup> Por entonces la devoción estaba ya consolidada, puesto que Clemente XIII, mediante la bula *Considerantes*, fechada en Santa María la Mayor, en Roma, el 15 de julio de 1759, concedió beneficios permanentes a la archicofradía de la Virgen, además de otras gracias durante algún tiempo, que fueron descritas en dos breves del 4 de agosto de 1759 y en otro del 6 de agosto de 1761.<sup>17</sup>

En 1769 se incendió la casa parroquial, que estaba contigua a la iglesia; fueron abrasadas como 25 viviendas, y cuando la imagen fue sacada del templo, el fuego se extinguió. De ahí que Ruiz y Cervantes la haya comparado con la zarza ardiendo ante Moisés en el monte Oreb.

Su fama siguió en aumento, tanto que los ex votos en señal de agradecimiento por los favores recibidos, cubrían enteramente los muros de la iglesia; unos estaban pintados con su efigie, otros eran de cera y también los hubo de plata. Se contaron por miles, tanto que era necesario irlos quitando, para dar lugar a los que iban llegando, unos 200 al año. Además, los fieles dejaban en la iglesia bordones y muletas. Los indios ponían aceite de coquito y flores frente a la Virgen, y al poco tiempo pedían o tomaban una parte de sus propias

<sup>15</sup> *Ibidem*, pp. 13-17.

<sup>16</sup> Francisco Canterla y Martín de Tovar, *op. cit.*, p. 171.

<sup>17</sup> José María Ruiz y Cervantes, *op. cit.*, pp. 100-101.

---

ofrendas para usarlas como reliquia en sus enfermedades.

Ruiz y Cervantes también citó unos apuntes que hizo don Joseph Sánchez Pareja, mayordomo de la Virgen y teniente del Partido, a quien lo que más llamaba la atención era que a pesar del gran concurso de devotos, formado por negros, mulatos e indios, el 8 de diciembre no había memoria de pleitos, heridos, borracheras o robos de importancia.<sup>18</sup> El día de la fiesta llegaban unos 23 000 visitantes, que se sumaban a los 1 500 que iban para vender y a los 185 casados que vivían en Juquila. En sus casas muchos tenían efigies, imágenes, estampas y patentes de la Virgen, y llevaban sus medidas colgadas al cuello.

Aquella pluralidad de personas provenía de la costa sur, de los pueblos de los valles y de la ciudad de Oaxaca. Según el pueblo a que pertenecían, unos indios vestían de blanco, otros de azul, llevaban la capa color grana, o bien iban de varios colores. Las mujeres podían distinguirse por una manta hasta la rodilla, una pulsera de cuentas en una mano o por gruesos fustoles de plata clavados en el pelo. Las negras y mulatas llegaban a caballo, montadas de la misma manera que los hombres y eran excelentes jinetes. También iban personas de la ciudad y de otros obispados, a veces seguidos por sirvientes, que les cargaban el equipaje.

Todos iban en romería, rezando el rosario o cantando el Alabado e himnos dedicados a la Virgen. De noche iluminaban sus pasos con teas encendidas, que ocasionalmente daban lugar a incendios; pero aunque hubiera fuego en los cerros y humo en el camino, los peregrinos seguían adelante. Otra celebración se efectuaba el día de San Andrés. Don Miguel Anselmo Álvarez Abreu se refirió a ambas fiestas en sus cartas pas-

<sup>18</sup> *Ibidem*, pp. 36-38 y 41.

torales. Además, la Virgen de Juquila se veneraba también en la parroquia de Zaachila.<sup>19</sup>

Entre los obsequios de los fieles se contaban joyas femeninas, perlas, piedras preciosas, paliás, manteles, cabelleras y vestidos. La escultura estaba colocada en una peana de plata, chapeteada, con querubines y flores sobredoradas, que había sido donada por el doctor don Pedro Alcántara de Quintana, deán de la catedral de Oaxaca, quien además regaló un ornamento.

En Juquila se vendían más de 2 000 rosarios al año, entre 18 000 y 20 000 estampas, panecillos y medidas de la Virgen. Los indios donaban también trigo, mazorcas, hilo de algodón, seda, esteras y tenaces, cera en velas o en bruto, así como grana. De 1765 a 1785 ofrecieron 482 figuras de plata, de las que se tomaron 46 marcos como ayuda para la urna. Un frontal de plata costó 1 008 pesos y había lámparas, trono, candeleros, custodia, cálices, platillos, vinajeras y todo lo necesario para el culto. Años hubo en que en un día, con misas y limosnas, quedaron en el santuario 5 000 pesos.

Según Ruíz y Cervantes se perdieron los libros en tiempos antiguos; pero esto cambió con el mayordomo de la archicofradía de Nuestra Señora de Juquila, el señor don Gaspar de Morales y de los Ríos, alcalde mayor de la provincia y partido de Xicayán y caballero de Santiago, quien mandó hacer un ornamento precioso que costó 2 362 pesos y 3 reales y dejó 3 346 pesos.<sup>20</sup> Se cantaban 78 misas al año por los cofrades vivos y muertos.

<sup>19</sup> *Ibidem*, pp. 58-64.

<sup>20</sup> Consta en un documento de los Archivos Notariales de la Universidad Veracruzana que en 1770 ejercía como alcalde; [www.uv.mx/bnotarial/detalles.aspx?IdA=27\_1769\_14438&Indice=On&letra=D]; consultado el 16 de mayo de 2013. Fue nombrado albacea para sus asuntos en España el 4 de agosto de 1781, por Antonio Simón Francisco Gil; Javier Sanchiz, José Ignacio Conde Díaz Rubín, "La familia Monterde y Antillón en Nueva España" (Segunda parte), en *Revista de Historia Novohispana*, núm. 33, pp. 100-101; [www.ejournal.unam.mx/ehn33/EHN03303.pdf]; consultado el 18 de mayo de 2013.

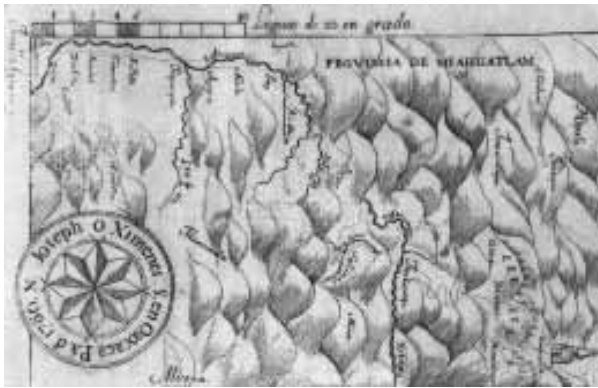


Figura 3. Mapa de la provincia de Miahuatlán, grabado por Francisco de Agüera. 14.2 x 10 centímetros.

En vino, hostias, aceite, rosarios, estampas, predicador, sacristanes y demás, se gastaban 300 pesos.

El siguiente mayordomo, don Joaquín Sánchez de la Vega, gastó 5 401 pesos 7 reales en la urna; preparó materiales para el templo por 1 989 pesos 7 reales, y depositó 20 500 pesos en arcas. Entre 1746 y 1785 se pagaron 9 000 misas a peso cada una, 104 515 con la ordinaria de 4 reales, y de limosna para el culto 51 104 pesos y 2 reales; en total 112 361 pesos, 6 reales en 39 años. No obstante, la fábrica del nuevo templo costó más de 80 000 pesos, por lo que su situación económica se deterioró drásticamente.

Un tercer grabado resume las características geográficas de la montañosa Provincia de Miahuatlán; señala sus cerros principales, ríos, lugares y ciertos puntos del camino de Oaxaca a Juquila. Alrededor de la Rosa de los Vientos están las letras correspondientes a los cuatro puntos cardinales y se lee "Joseph O. Ximenes en Oaxaca a. d. 1786". Un pitipié señala la escala de "Leguas de 20 en grado". La firma del grabador Francisco Agüera aparece fuera del marco. En el ejemplar del libro al que me he venido refiriendo, este grabado se encuadró invertido (figura 3).

A todas luces destaca lo montañoso de la región sudoeste del actual estado de Oaxaca, donde se encuentra el pueblo de Santa Catarina Juquila,



Figura 4. El camino de Oaxaca a Juquila, grabado por Francisco de Agüera. 14.2 x 10 centímetros.

cuyos pobladores son de la etnia chatina, cuya lengua hablaban, pero debido al contacto con tantos peregrinos, ha ido cayendo en desuso, a favor del español. Aunque la Sierra Sur colinda con la costa, quienes habitan en la accidentada zona serrana se han dedicado tradicionalmente a la agricultura y se han mantenido relativamente aislados, entre bosques de pinos, cedros, robles y encinos, bajo cuya sombra actualmente se pueden encontrar cafetales.

Otro grabado, el cuarto, detalla las cuarenta leguas de la tortuosa ruta que iba de la ciudad de Oaxaca al santuario serrano; un rótulo nombra y numera los 19 puntos del camino indicados en el



---

grabado. La Rosa de los Vientos carece de letras; la escala es la misma del grabado anterior y la firma indica: "Agüera fec". No hay alusión a quién delineó el mapa; seguramente fue también Joseph O. Ximenes, dada la semejanza que guardan ambas ilustraciones geográficas (figura 4).

El derrotero a seguir está descrito en el texto y señalado ilustrado en el grabado. A pesar del tiempo transcurrido, los lugares por donde pasa la sinuosa carretera actual a Juquila coinciden con aquéllos. Zozo, hoy Xoxo, es la abreviatura de Santa Cruz Xoxocotlán, pueblo que estaba a una legua muy corta de la ciudad de Oaxaca, hacia el sur. Distante más de una legua se hallaba Zaachila, cabeza de curato y corte de sus antiguos "reyezuelos". A una legua de allí Trinidad, pueblo que le estaba sujeto. Después de una legua larga se encontraba San Lorenzo Cimatán o Cimatitán, hoy Zimatlán, donde Ruiz y Cervantes escribió estas *Memorias*, abastecido de todo lo necesario. Apenas a una legua corta se llegaba a San Pablo, también dependiente. A dos leguas del referido San Lorenzo y dependiente de éste, se accedía a la villa de Santa Anna Tlapacoyan, y a una legua de allí a Nisila, esto es Santa Cruz Nexila. Dos leguas cortas más adelante se hallaba la cabecera de Ayoqueco. A otras dos leguas la Y, así llamada por la forma en que se encontraban las corrientes de dos ríos. Hasta ese lugar se podía contar con la comodidad del coche o volante.

Después de la Y, por una montaña y a legua y media se llegaba al Obispo, sitio donde eran recibidos los prelados por los indios soltecas. Atravesando un monte, a cuatro leguas de la Y, se veía la cabecera de Santa María Sola, una apacible y deliciosa vega, con temperamento benigno y saludable, hoy Sola de Vega. El pueblo de Los Santos Reyes distaba una legua corta. Después había que seguir por la montaña de las Calaveras, así llamada por la forma de las piedras. En esa jornada se

subían las cuestas de Tlacuachi y Alacrán, y era necesario cruzar el río 16 veces. En Temascales los lugareños hacían creer a los ingenuos que si se azotaban los pies, desaparecían el cansancio y la fatiga.

Quienes intentaban abreviar el camino, pasaban por el trapiche de Santa Anna, a cinco leguas de Los Reyes, por la barranca de las Piedras, que debía su nombre a las que se habían desprendido de las laderas y obligaban a ir saltando de una a otra. En el trapiche de Santa Anna había "comodidad para la gente decente".

Por otra ruta, la de los Sabinos, se llegaba hasta el Balconcillo que rodeaba la coronilla de un empinado y angosto monte, con peñas a plomo, donde apenas podían poner las patas las bestias, y en la sima, a una gran profundidad, corría el río Atoyac.

Si se seguía otra vereda, aunque era larga, se podía evitar ese precipicio y se llegaba a una gran piedra que se conocía como el Juramento. Desde Santa Anna, a cuatro leguas y media, estaba un monte de maderos sobre el río Atoyac, a la entrada del pueblo de Juchatenango.

Un camino daba principio en un caracol formado por la naturaleza y conducía a lo alto. Al cabo de ocho leguas y habiendo padecido mucho calor, se llegaba a Santa María Yolotepec, un pueblo frío situado en la boca del monte de la Virgen, poblado de pinos y flores, con heladas y cristalinas aguas. La cumbre estaba a dos y media leguas, y desde allí, en los días claros, se veía el mar del sur. Por unas lomas tendidas, entre quiebres y riscos, y allá en lo alto estaba, por fin, el Santuario de Juquila, que quedaba a cinco leguas de Yolotepec, otras tantas de Amaltepec y 20 o poco más de Xamiltepec, es decir, Santiago Jamiltepec, cabecera de esa provincia.

No podía faltar en la *Memoria...* de Ruiz y Cervantes un grabado con la vista general del santuario, con su correspondiente pitipié e igual escala

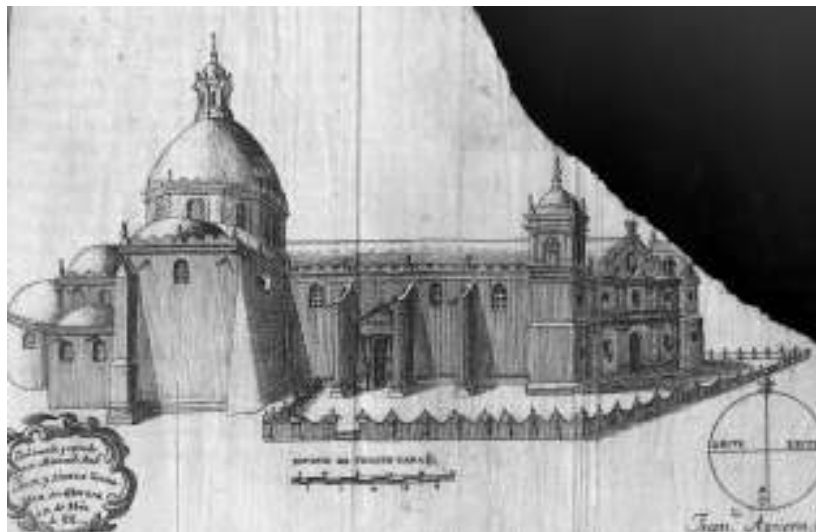


Figura 5. Proyecto de la iglesia de Juquila, grabado por Francisco de Agüera. 14.2 x 20.3 centímetros.

que los dos grabados anteriores. Las iniciales de los puntos cardinales están en un sencillo círculo, y en la parte inferior izquierda, en un adornado rótulo, se lee: "Delineado y copiado/ por Manuel Ant<sup>o</sup>. Jixon y sivexa Geome-/ tra en Oaxaca,/ á 12 de 9bre/ de 86". Lo más notable de esta imagen es que corresponde con la que tendría el santuario una vez concluido, y no sólo eso, sino que guarda mucha semejanza con el actual (figura 5).

Cuando la iglesia era muy sencilla y tenía cubierta vegetal, los devotos de Nuestra Señora de Juquila, al igual que los curas y los mayordomos, querían erigirle una iglesia decente. En una ocasión llevaron tejas desde la ciudad de Oaxaca, pero se emplearon en una casa y la iglesia quedó sin efecto. El tema volvió a discutirse después de la fiesta de 1772, cuando se contaba con 8 547 pesos 1 real. Don Joaquín Sánchez de la Vega propuso, en el cabildo de la archicofradía, trasladar la imagen al pueblo de Juchatengo, lugar plano, donde los devotos de Oaxaca y los de los valles, quienes daban la mayoría de las limosnas, la tendrían ocho leguas más cerca, y supuestamente las limosnas podrían incrementarse. Pero los habitantes de Juquila querían conservarla allí, aunque los coste-

ños quisieran tenerla y los de la ciudad de Oaxaca la desearan más cercana.

Quienes se oponían a su permanencia en Juquila aducían que el camino de acceso era accidentado y difícil. Ya se había intentado mejorar, cortando un cerro, pero ante la enorme dificultad de esa empresa, fue necesario desistir. Los materiales de construcción, como la cal y el ladrillo, tendrían que acarrear desde lugares remotos; allí había poca arena y el agua, que abundaba entre las peñas, no se obtendría en la proporción necesaria para la obra, a no ser con mucho costo.

Quienes opinaban en contrario dijeron que San Pedro Juchatengo tenía un temperamento caliente, además de molesto y nocivo para la salud. El bachiller don Cristóbal Muñoz Cano advirtió que de llevarse la imagen para allá, quedaría más lejos de la costa, por lo que las limosnas de esa región disminuirían. Además, después de consumirse las existentes en la fábrica, dudaba si la santa imagen se conservaría en Juchatengo o repetiría sus fugas.

Ni el señor obispo Miguel Anselmo Álvarez de Abreu, ni su provisor don Joseph Martínez de Salazar, se pronunciaron al respecto. Pasaron 11 años antes de que el obispo Ortigosa dirimiera el caso.

---

Para ello “consultó con los peritos é inteligentes del País”, y resolvió que se acopiasen materiales de construcción en Santa Catarina Juquila. Comisionó por carta del 19 de agosto de 1783 a don Joseph Sánchez Pareja, teniente de la real jurisdicción en aquel Partido, quien residió muchos años en ese pueblo. Buscó arquitecto y sobrestante, y el 17 de noviembre mandó una carta a los curas de la cordillera, en la que se refirió a la iglesia existente como “un Edificio bronco, cubierto con zacate” en el que la imagen estaba expuesta al fuego. Pidió la cooperación de los fieles con limosnas y les dijo: “están ya acopiados muchos materiales y formado el plan para un Edificio suntuoso y de mucho costo á que se va a dar principio”. Explicó que esos insumos estaban en el campo y como era indispensable acercarlos al pie de la obra, exhortó a que quienes fueran a la fiesta para que condujeran aunque fuere una piedra o un ladrillo. A quienes así lo hicieren, les concedió 40 días de indulgencia, con la certeza de que si los acopiaran cada año, pronto tendrían la satisfacción de ver la iglesia construida.

Los curas de Santa María Sola, San Pedro Jicayán y Santa María Chico Ometepeç exhortaron a sus parroquianos a colaborar conforme a lo pedido, para que pudiera avanzar la obra, ya comenzada. La respuesta de los devotos no se limitó al acarreo de materiales; se ofrecieron para trabajar en la obra, de acuerdo con sus facultades.

En vista de ello, el 13 de septiembre de 1783 don Joseph Sánchez Pareja, comisionado para la obra del templo, estando en Antequera, pidió al obispo que también concediera indulgencias a quienes trabajaran en la construcción. El prelado accedió y concedió 40 días de indulgencia por cada vez que alguien concurriese con trabajo personal, pagase a algún peón para que lo hiciera, diese limosna o materiales, o acarrease éstos. Además mandó disponer que lo publicaran los

curas del camino real para Santa Catarina Juquila y que los de la Costa Sur lo predicaran en los días festivos.

Sánchez Pareja hizo fabricar ladrillos en un arrabal del pueblo y los peregrinos acarrearón más de 200 000 en cada fiesta; tomó el agua de un pozo pequeño, pero cercano; obtuvo la cal de un lugar distante, lo que valió la pena, porque fue de una piedra muy consistente, parecida al mármol; en cuanto a la arena, aunque la superficie petrificada de un cerro inmediato parecía inamovible, se pudo quitar y se obtuvo toda la necesaria.<sup>21</sup>

A petición del obispo, don Bernardo Novas delineó la planta del templo, con 70 varas de longitud y 30 de ancho en el crucero, cuya media naranja, de 37 varas de altura, se apoyaría sobre ocho columnas. Otras 14 se distribuirían a lo largo de la nave, que se cerraría con bóvedas de arista y contaría con seis arcos. Al exterior, éstos se apreciarían como contrafuertes, y en el interior formarían capillas. Reforzarían la estructura cuatro estribos rematados en punta de diamante, ocho ochavados y cuatro agraciados arbotantes “que se arriman a la media naranja”. Veintisiete ventanas iluminarían el templo, donde se previno un camarín, y a los lados del presbiterio dos sacristías con cubiertas de bóveda. Por dentro y por fuera tendría basas, cornisas, molduras, relieves y demás elementos ornamentales de orden compuesto. Tres puertas le darían acceso: una al frente y dos a los costados de la nave. El proyecto muestra la iglesia como estaría ya concluida, con atrio cercado y su portada principal flanqueada por sendas torres.

Las pilastras o columnas pareadas del primer cuerpo se repiten en el segundo, y hay un remate formado por roleos con una escultura al centro. Se observan nichos laterales en el primer cuerpo y al centro del segundo la ventana del coro y otras dos a los lados.

<sup>21</sup> José María Ruiz y Cervantes, *op. cit.*, pp. 77-93.

Al temerse que las limosnas no fueran suficientes para llevar a efecto el proyecto, se pensó en hacer sólo el crucero. No obstante Sánchez Pareja tuvo fe en la generosidad de los devotos y el obispo consintió en edificarla tal y como estaba proyectada. El 22 de febrero de 1784, durante la ceremonia ritual correspondiente y junto con los Santos Evangelios y diversas monedas, se puso la primera piedra; medía dos tercias de largo y tenía una inscripción.

Cuando Ruiz y Cervantes escribió, ya estaban concluidos el camarín, las sacristías y los muros de la nave, desde el presbiterio hasta las puertas de los costados. De allí a la entrada principal tenían entre tres y cinco varas; los arcos torales llegaban hasta sus salmenes y la cubierta ya tenía un luneto sobre el presbiterio. Todo estaba preparado para que en las secas inmediatas quedara techado el crucero.<sup>22</sup>

Seguramente el libro conteniendo la memoria de esa pequeña pero portentosa imagen mariana, debió haber coadyuvado en la prosecución de la obra, al incrementar más aún la devoción.

### **El grabador Francisco de Agüera Bustamante**

Abro un paréntesis en lo referente a la construcción de la iglesia, para referirme al autor de los cinco grabados que aparecen en la *Memoria...*, Francisco Agüera. Debido a la carencia de catálogos de grabados y estampas novohispanas, de momento sólo cabe conformarse con la enumeración de sus obras y en el mejor de los casos con un breve comentario, máxime que muchas de ellas se encuentran en colecciones privadas, como sucede con las del libro sobre Juquila o con una estampa de la Virgen de la Soledad, firmada con su apellido.<sup>23</sup>

<sup>22</sup> *Ibidem*, pp. 95-96 y 100.

<sup>23</sup> Manuel González Galván, *Devocionario mexicano, pequeños grabados novohispanos*, México, Backal, 1998, p. 38.

Se ha supuesto que su primer grabado conocido es Nuestra Señora de la Consolación, en la *Novena* de fray Joaquín Camacho, publicada por María de Rivera en 1746.<sup>24</sup> No obstante parece demasiado temprano respecto al resto de su obra. También hay que advertir, para no caer en confusión, que don Francisco Antonio Agüera Ynfanzón hizo un mapa cartográfico de la isla de Pascua (renombrada Isla de San Carlos),<sup>25</sup> descubierta el 15 de noviembre de 1770. Fue alférez y primer piloto de la fragata "Santa Rosalía", en la expedición encargada al capitán de fragata don Felipe González de Haedo, por el virrey del Perú Manuel de Amat y Junient.<sup>26</sup> No debe confundirse con Francisco Agüera Bustamante.

José Toribio Medina consideró, sus primeros trabajos, dos alegorías o jeroglíficos de Quirós, cuyos facsímiles publicó el doctor León, en 1784, para ilustrar la *Descripcion de las endechas mudas en el Eloxio de la Santísima Madre Santa María de Guadalupe*.<sup>27</sup>

José Antonio Alzate, en su *Gazeta de Literatura* de 1786, publicó otra obra de Agüero: el *MAPA DE LAS AGUAS que por el círculo de 90 leguas vienen a la laguna de Tescoco, y la estencion que esta y la de Chalco tenían, sacado del que el siglo pasado delignó D. Carlos de Sigüenza*. Reimpreso en México en la Imprenta Nueva de D. Joseph Francisco Rangel, en el Puente de Palacio.

<sup>24</sup> Pedro Romero de Terreros, *Grabados y grabadores en la Nueva España*, México, Ediciones Arte Mexicano, 1948, p. 463.

<sup>25</sup> [W es.wikipedia.org], Easter Island, from drawing by Francisco Agüero, 1770, colección De Agostini Picture Library; www.gettyimages.com; consultas hechas el 18 de enero 2013.

<sup>26</sup> [www.academia.edu/3524817/\_Expedicion\_espanola\_a\_isla\_de\_Pascua\_1770]; Susana Jakubowska, "Expedición española a la isla de Pascua, 1770: El diario de Antonio Agüera", en *Realidades Heterogéneas...* Warszawa, 2012, pp. 267-274; consultado el 21 de mayo de 2013.

<sup>27</sup> José Toribio Medina, *La imprenta en México. 1539-1821*, ed. facs., vol. I. (1539-1600), México, UNAM, 1989, p. CCXIII. También lo menciona entre los grabadores del siglo XVIII, Introducción III, p. 207.

Siguieron numerosas estampas religiosas. San Juan Nepomuceno en *Siervo Quinario*, 1788; San Antonio, 1789; una Dolorosa, en *Septenario de los Dolores*; el beato Sebastián de Aparicio en su *Novena*, publicada por Jáuregui en 1790;<sup>28</sup> hacia ese año hizo un San Felipe de Jesús, protomártir del Japón, grabado en cobre e iluminado a mano, en que el santo, con su hábito franciscano, está siendo bajado de la cruz de su martirio.<sup>29</sup>

El *Manuale Officiorum pro omnibus festis...*, de 1791, contiene una Inmaculada y un muy bonito grabado en cobre de la Virgen de Guadalupe rodeada de angelitos portando rosas.<sup>30</sup> Del mismo año son el escudo de armas de don Joaquín Ramírez de Arellano, marqués de Sierra Nevada, y una ilustración de Xochicalco, cuyo original grabó en cobre.<sup>31</sup>

De 1792 son: San Joaquín en una *Novena*; "A devoción del Br. D. José Guiol", San Juan Nepomuceno y Nuestra Señora de la Esperanza.<sup>32</sup> Las seis vistas de la Coatlicue y otras de la Piedra del Sol, que no firmó, pero indudablemente también delineó y grabó; ilustraron muy finamente un libro de Antonio León y Gama<sup>33</sup> y han sido muy reprodu-

cidas.<sup>34</sup> El retrato del padre Honorato de Santa María, carmelita descalzo de la provincia de Aquitania, apareció en una de las ediciones de *Reflexiones sobre las reglas y el uso de la Critica*, de Zúñiga y Ontiveros, traducido del francés por el padre Francisco San Cirilo, de la provincia de Nueva España.<sup>35</sup>

Entre sus grabados más conocidos se cuentan los 18 que ilustran la muy conocida sátira moral de fray Joaquín Bolaños, *La Portentosa vida de la muerte*, destacada sátira moral, de cuya crítica y fina ironía hacen perfecto eco los grabados que la acompañan, y que al haberse publicado el mismo año que los arqueológicos, dan prueba de la amplia gama de su talento.<sup>36</sup>

Al año siguiente ilustró otra obra de Bolaños, *Salud o gusto*, con el patrocinio del Señor San José,<sup>37</sup>

*mitología de los mexicanos, sobre su astronomía y sobre los ritos y ceremonias que acostumbraban en tiempo de su gentilidad*, México, Imprenta de Don Felipe de Zúñiga y Ontiveros, 1792.

<sup>34</sup> Por ejemplo, una ilustración del libro *La Portentosa vida de la muerte* y la de la Coatlicue en *Imprentas, ediciones y grabados de México barroco*, México, Backal, 1955, pp. 73 y 135.

<sup>35</sup> Dr. Nicolás León, *Bibliografía mexicana del siglo XVIII*, sección primera, Primera parte, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, Cinco de Mayo y Callejón de Santa Clara, 1902, pp. 144-145.

<sup>36</sup> LA PORTENTOSA VIDA/ DE LA MUERTE/ EMPERATRIZ DE LOS SEPULCROS,/ VENGADORA DE LOS AGRAVIOS/ DEL ALTISIMO/ Y MUY SEÑORA/ DELLA HUMANA NATURALEZA,/ cuya célebre/ Historia encomienda á los Hombres de buen gusto/ Fray Joaquín Bolaños/ PREDICADOR APOSTÓLICO del colegio Seminario de Propa-/ ganda Fide de MARIA Santísima de Guadalupe extra-/ muros de la muy Noble y Leal Ciudad de Zacatecas/ en la Nueva Galicia, Examinador Sinodal del / Obispado del Nuevo Reyno de Leon/ IMPRESO EN MÉXICO/en la Oficina de los Herederos del Lic. D. Joseph de Jáuregui / Calle de San Bernardo. Año de 1792; Elisabeth C. DeRose, "Pictorial Satire in Viceregal Mexico: Francisco Agüera Bustamante's Engravings for La Portentosa vida de la Muerte", en *Hemisphere, Visual Cultures of the Americas*, vol. II, University of New Mexico, 2009, pp. 84-95.

<sup>37</sup> Pedro Romero de Terreros, *op. cit.*, 1948, p. 463. El nombre completo de esa obra es *Salud para todo el año o Año Josephino, a los fieles que gustan leer las virtudes y excelencia con que Dios favoreció a su putativo padre y purísimo esposo de su Santísima Madre, el santísimo Sr. S. Joseph y que en su favor buscan salud y remedio a todas sus necesidades, con doctrinas morales y ejemplos, un ejercicio espiritual y breve deprecacion al santo para cada día*, de fray Joaquín Bolaños, Of. De los Herederos de Joseph de Jáuregui, 1793, México; *apud* María Isabel Terán

<sup>28</sup> Pedro Romero de Terreros, *Grabados y grabadores en México durante la época colonial*, México, Antigua Imprenta de Murgía, 1917, p. 9, y *op. cit.*, 1948, pp. 463, 466.

<sup>29</sup> [www.liveauctioneers.com]; consultado el 18 de enero de 2013.

<sup>30</sup> Eduardo Báez Macías, "El grabado durante la época colonial", en *Historia del Arte Mexicano*, t. VIII, Arte Colonial, IV, SEP/Salvat, p. 1203. Véase también la lám. 169 en Pedro Romero de Terreros, *op. cit.*, 1948.

<sup>31</sup> Esta ilustración apareció en noviembre de 1791 en el Suplemento de la *Gazeta de Literatura de México*, impresa por Zúñiga y Ontiveros; Pedro Romero de Terreros, *op. cit.*, 1917, p. 9, y *op. cit.*, 1948, p. 466.

<sup>32</sup> Pedro Romero de Terreros, *op. cit.*, 1917, p. 9, y *op. cit.*, 1948, pp. 463, 465.

<sup>33</sup> Antonio de León y Gama, *Descripción histórica de las dos piedras que, con ocasión del Nuevo empedrado que se está formando en la plaza principal de México; se hallaron en ella en el Año de 1790, Explicase el sistema de los calendarios de los indios, el método que tenían de dividir el tiempo y las divisiones que hacían de él para igualar el año civil, de que usaban con el año solar tróptico. Noticia muy necesaria para la perfecta inteligencia de las dos piedras: a que se añaden otras curiosas e instructivas sobre la*

también se conocen unas figuras geométricas en los *Exercicios públicos*, de don Manuel Otero.<sup>38</sup>

Según Romero de Terreros, el San José publicado en Guadalajara en 1794 tenía “sabor neoclásico”; sin embargo, Agüera nunca estuvo en la Academia. Del mismo año son San Buenaventura<sup>39</sup> y el escudo de Querétaro en *Elogio fúnebre de D. Melchor de Noriega*, por don Ildefonso de Esquivel y Vargas.<sup>40</sup>

A 1795 corresponden Santa Irene en una *Novena*; San Cayetano; un Santo Cristo, “Misericordiosísimo Señor Redentor nuestro”; San Sebastián de Aparicio, en *Rezo devoto*, de fray José Plancarte; la Inmaculada Concepción, copia de la pintura de Murillo de la Catedral de Guadalajara, en *Pintura afectuosa*, impresa allá por Mariano Valdés.

Del 1796 son la Virgen con el Niño, en *Día cuatro de cada mes*; Nuestra Señora del Carmen, en *Instructorio espiritual* de fray Manuel de Santa Teresa; San Agustín, en una *Novena*; San Luis Gonzaga, en la *Novena* de José Sartorio, impresa por Mariano Valdés en Guadalajara; San Ignacio de Loyola; San Buenaventura; San Pedro; el escudo de don Melchor de Noriega y otro de la Orden de Santo Domingo que Romero de Terreros calificó como “buen grabado” y “gracioso”.

En 1797 apareció el escudo de Zacatecas, en *Bla-són Zacatecano*; la Virgen de Guadalupe en *Pensil Americano* de Carrillo y Pérez; una *Sedes Sapientae* y

Elizondo, *Orígenes de la crítica literaria en México: la polémica entre Alzate y Larvañaga*, Zamora, El Colegio de Michoacán/ Universidad Autónoma de Zacatecas, 2001, p. 226.

<sup>38</sup> Pedro Romero de Terreros, *op. cit.*, 1917, p. 9, y *op. cit.*, 1948, p. 466. *Exercicios públicos de los elementos de álgebra y geometría que, con el favor de Dios, tendra en la real y pontificia Universidad D. Manuel Otero, collegial en el real y mas antiguo de san Juan de Letran el dia once del corriente y presidira don Joseph Eduardo de Cardenas...: dedicados al señor D. Joseph del Rincon: con licencia del señor rector*, México, Zúñiga y Ontiveros, 1793.

<sup>39</sup> Pedro Romero de Terreros, *op. cit.*, 1917, p. 9, y *op. cit.*, 1948, pp. 463-464.

<sup>40</sup> No aparece tal escudo en [digital.dgb.uanl.mx]; consultado el 4 de febrero de 2013. *Elogio fúnebre en las exequias de D. Melchor de Noriega, Caballero profeso del Orden de Santiago y Comisario de Guerra...*

un Santo Tomás de Aquino. San Luis Rey está fechado en 1798; la Purísima Concepción y San Juan de Dios en 1800, otro de ese santo en 1802, así como Santa Teresa; San José, en *Semana devota*, y un San Felipe de Jesús en su *Novena*, ambas de fray Francisco Valdés y en la Imprenta Madrileña; un San Felipe de Jesús bajado de la cruz, en tinta sepia, que generalmente aparece insertado en el *Breve resumen de la vida del Santo*, ilustrada por Montes de Oca.<sup>41</sup>

De 1805 son la portada y nueve láminas de la *Novena de la Virgen de Loreto*, del padre Croiset (*sic*),<sup>42</sup> muy finamente grabadas.<sup>43</sup> Un Calvario en la *Devoción a la Preciosísima Sangre* de 1811; otro y la Purísima Concepción en *Trisagio Mariano*, de 1812. Santa María Margarita en *Devoción y novena* del padre Ignacio Tamayo, impresa por Fernández de Jáuregui en 1815. Del año siguiente San Vicente Ferrer; de 1817 Santo Domingo de Guzmán. Su último grabado fechado, San Agustín, es de 1820. Hay otros sin datar: una Custodia, dos *ex libris* de Don Pedro García de Valencuia y Vasco, y la “Sacristía de Nuestro Padre San Francisco”.<sup>44</sup>

A riesgo de que se considere árida esta larga enumeración de obras y fechas, me ha parecido necesaria, para explicitar los diversos lugares de publicación y cada uno de los trabajos científicos, heráldicos, moralizantes y devocionales, prueba de que trabajó sobre pedido y en una sociedad plural, al tiempo que religiosa, donde unos se interesaban en la ciencia o en la arqueología, otros hacían gala de sus blasones, al tiempo que enfocaban sus esfuerzos hacia el culto a los santos, con la esperanza de su intercesión.

<sup>41</sup> Pedro Romero de Terreros, *op. cit.*, 1917, pp. 9-10, y *op. cit.*, 1948, pp. 464-465.

<sup>42</sup> José Toribio Medina, *loc. cit.* Pedro Romero de Terreros, *op. cit.*, 1917, p. 10. Seguramente se refería al jesuita Juan Croisset.

<sup>43</sup> Pedro Romero de Terreros, *op. cit.*, 1948, p. 465.

<sup>44</sup> Pedro Romero de Terreros, *op. cit.*, 1917, p. 10, y *op. cit.*, 1948, pp. 465-466.

---

## De la iglesia proyectada a la basílica actual

Según Guzmán Ventura la iglesia quedó terminada el 22 de febrero de 1874; pero esto debió haber sido después de que el 5 de mayo de 1854 la dañó mucho un terremoto.<sup>45</sup> Otro gran temblor la sacudió el 14 de enero de 1931 con graves consecuencias, ya que destruyó las torres y la campana mayor, que había llegado con la Virgen; hizo caer la fachada principal y fracturó el cañón de la nave. Ante daños tan importantes, la imagen mariana fue mudada durante algún tiempo a una iglesia provisional.

El padre vicario Cornelio Bourguet Mendoza, reconstruyó la iglesia en 1947. Se trató de una obra mayor, porque los cimientos sólo tenían una vara de profundidad y fue necesario regimentar y collar el cañón de la nave; se rehicieron las portadas laterales, el frontispicio y las torres, además del atrio, cuya barda de ladrillo también se había venido abajo. Además todos los portones se hicieron de nuevo.

Se obtuvo el agua para la obra por el canal del mismo cementerio de la iglesia, el ladrillo se fabricó en un extremo del pueblo, al mismo precio que en la ciudad. El material industrializado se llevó a lomo de bestia desde Sola de Vega, y la varilla tuvo que transportarse enrollada. La plancha del altar llegó por avión a Río Grande y varias cuadrillas la condujeron en hombros hasta la iglesia; de igual forma transportaron los capiteles de las columnas dóricas para el retablo y el camarín, así como la base del altar de mármol gris de

Tepeaca, verde ónice de Tehuacán y jaspeado o cobertizo, de Magdalena Apasco, tallado por artesanos poblanos.<sup>46</sup>

A pesar de haberse tratado de una reconstrucción de gran envergadura, el santuario actual guarda evidente semejanza con el proyecto grabado por Agüero, salvo que el muro que delimitaba el atrio fue sustituido por un enrejado. La iglesia se encuentra frente a la plaza, donde están el palacio municipal y el mercado.

Muchos son los devotos que acuden anualmente al santuario para venerar a la Virgen de Juquila, pedirle favores y cumplir mandas. Aún se le rezan novenas, que recuerdan a la de Ruiz de Cervantes, quien advirtió a los devotos que habrían de empezarla con un verdadero acto de contrición, para convertirse a Dios, y sólo después de eso acudir a la Virgen, como medianera, porque lo importante son los actos interiores. Incluyó en lo que se rezaría durante nueve días, oraciones compuestas por San Efrén, San Atanasio, San Ildelfonso, Santo Dionisio, San Antonio de Florencia, San Buenaventura, San Anselmo, San Epifanio, San Ireneo y San Metodio, para rematar con una pequeña Salve de su propia cosecha.<sup>47</sup>

Este corolario indica que el autor del libro no se contentaba con el aspecto exterior del culto y la devoción a la Virgen de Juquila, que indudablemente fomentó. Buscó la conversión de los lectores de la *Memoria...* y que quienes rezaran la Novena no se quedaran en la mera repetición de oraciones. Ese enfoque claramente apostólico prueba la sólida formación teológica del doctor don Joseph Manuel Ruiz y Cervantes.



<sup>45</sup> Virginia García Acosta y Gerardo Suárez Reynoso, *Los sismos en la historia de México*, vol. I, México, CIESAS/UNAM/FCE, 1996, p. 299.

<sup>46</sup> Erasmo Guzmán Ventura, *op. cit.*, pp. 95-96.

<sup>47</sup> *Novena á la sacratísima Virgen de Xuquila, Compuesta por el Autor de estas Memorias, y añadida al fin de ellas de orden de Nro. Illmo. Mecenaz, México, Por Don Phelipe de Zúñiga y Ontiveros, año de 1791, en Memorias...*, pp. 115-136.